

Entre la frialdad presente y la fiebre que antes habia sufrido, habia un contraste extraño. Evidentemente no recordaba nada.

Diana hizo un esfuerzo; tomó la mano de Marta y la besó respetuosamente.

—Hace mucho tiempo que estamos aquí.... murmuró.... hablábamos de vos y del peligro que amenaza á vuestra hija.

Marta sonrió con incredulidad.

—¿Hablábamos de eso?.... repitió.... ¿un peligro á Blanca?... ¿Quién será tan cruel que haga daño á una pobre niña?

Volvióse hácia el lecho del Angel, cuyo tranquilo sueño no habia sido interrumpido.

—¡Peligros!.... repitió tocando con el dedo la mejilla de Diana con una sonrisa protectora y distraída.... Las jóvenes se forman siempre ideas inverosímiles.... Id á reír y bailar, hijas mías.... Solo en vuestras cabezas hay peligros y misterios!....

Ya está curada nuestra Blanca.... Id á decir á los músicos que toquen las danzas mas alegres.... Puesto que Penhoel da el baile, es preciso que se diviertan sus huéspedes.



XX.

BAJO LA TORRE DEL PRIMOGENITO.

Elena y Diana acababan de abandonar la habitación del Angel. Marchaban juntas sin hablar, á lo largo de los corredores del castillo. El menor soplo del viento agitaba el follaje y las iluminaciones del jardin permanecían intactas.

Desde las ventanas de la galería se podia ver prolongadas líneas de luces que señalaban las calles de árboles y el círculo mas brillante del salon de césped.

Oíase en esta última direccion como un ruido de gorgoritos desafinados dominado por gritos desgaradores é insensatos.

Era Mlle. Eloisa Babouin--des--Roseaux--de--l'Etang, que cantaba su gran trózo de ópera con acompañamiento de guitarra.

Al escuchar estos prodigiosos clamores no hubiera podido menos de concebir un extraño ideas siniestras, y creer en algun atentado cometido en las cercanías; pero las dos hijas del tio Juan no podian desconocerlos: conocian demasiado la voz de la más jóven, de la mas tímida de las gracias....

En lugar de obedecer las órdenes de la Señora, regresando al jardín para volver al baile, bajaron la escalera que conducia al patio: los criados estaban en la pradera; la cocina y el zaguán se encontraban desiertos.

Diana y Elena salieron del castillo sin ser apercebidas por la puerta del patio.

Esta salida daba solo al camino accesible á los carruajes y podia conducir desde Port-Corbean á Penhoel. Bajaba la montaña haciendo revueltas para evitar la pendiente, y cortaba en dos puntos diferentes la espesura de los castaños.

Diana y Elena siguieron el camino, que costea durante unos cien pasos aquella robusta y gótica muralla que terminaba por una parte en la torre del Primogénito, y por la otra servia de terrado á los jardines de Penhoel.

Caminaban lentamente perdidas en sus profundas reflexiones. Ninguna de ellas habia interrumpido todavia el silencio.

Pensaban en lo que acababa de suceder en la ha-

bitacion del Angel. Muchas veces ya habian sorprendido el dolor de Marta de Penhoel; pero habia mucha distancia entre lo que hasta entonces habian visto y lo que acababan de oír y ver.

¡Cuánta distancia habia de las lagrimas silenciosas y resignadas de Marta á aquel súbito trasporte, á aquellas vehementes palabras, á aquel delirio!

¿Y qué significaban aquellas palabras?

¿Qué habia en el fondo de aquella misteriosa desesperacion, cuyo objeto aparente no era ni el peligro de Blanca ni la próxima ruina de Penhoel?

Por un momento habian podido creer que aquella angustia tenia relacion con ellas, con Elena y Diana.

¿No habia sido al estrecharlas contra su corazón con frenesí cuando Marta habia pronunciado aquellas extrañas palabras?

Las pobres niñas, que mendigaban diariamente de rodillas alguna caricia, habian podido creerse un instante adoradas con la pasion de la misma Blanca.

Pero no habia sido mas que un instante. Después de aquel ardiente beso que las habia reunido en el palpitante seno de Marta, ¡qué palabras tan frías, qué sonrisa tan glacial!

Por muy acostumbradas que estuviesen á la indiferencia, pareciales que aquella vez habian sido despedidas con mas desden que de ordinario.

¿Qué creer? Elena habia comenzado á dar tortura á su imaginacion, pero en vano: la misma Dia-

na perdía el esfuerzo de su inteligencia precoz y clara al querer levantar el velo.

A veces creía entrever la palabra del enigma; pero era una cosa tan inverosímil, tan imposible!...

Diana rechazaba la suposición admitida, caía en la mas profunda de sus dudas, y se encontraba enfrente del problema insoluble.

¿Qué pensar?

Nada ¡ay! sino que la Señora además de los dolores que ellas habían ya adivinado, tenía otra tortura mas misteriosa todavía y de que no esperaban podería curar.

Marchaban con la cabeza inclinada; sus manos estaban unidas, y á pesar de que no hablaban una sola palabra, se respondían sus pensamientos.

En el momento que llegaban bajo la parte de las antiguas fortificaciones que servían entonces de terraza á los jardines del castillo, se detuvieron ambas por un movimiento brusco y comun.

Escucharon.

Varias voces se dejaban oír sobre la terraza y llegaban hasta ellas algunas palabras.

Levantaron la cabeza.

La inclinación de la muralla les ocultaba las iluminaciones del jardín; los mil fuegos encendidos á lo largo de las calles de árboles iluminaban la atmósfera espesa y pesada.

Había como un fondo luminoso detrás de la línea negra de la terraza.

Sobre aquel fondo vieron Elena y Diana desta-

carse dos cabezas conocidas. Eran Enrique y Roger, que proseguían la conversacion comenzada en el jardín.

Ya sabemos que los nombres de las dos hijas del tío Juan mediaban con mucha frecuencia en su diálogo.

Diana y Elena no pudieron escuchar el sentido de las palabras, pero oían pronunciar sus nombres.

Eran muy jóvenes. A la edad que tenían se necesita muy poco para hacer una decepcion de las cosas mas graves.

Al verse así escuchando por casualidad, volvió á apoderarse de ellas su natural alegría. Cuando el que hablaba era Roger, asomaba á los labios de Elena una sonrisa. Cuando se dejaba oír la voz de Enrique se reanimaba á su vez la fisonomía de Diana.

Ambas amaban. Tal vez amaban mas de lo que ellas mismas creían.

Hacia ya muchos minutos que estaban allí escuchando y procurando coordinar con la mayor alegría las palabras y frases que hasta ellas llegaban, cuando Enrique y Roger apoyaron los codos sobre la balaustrada de la terraza.

Las dos jóvenes se acercaron mas al muro, ocultándose entre las ramas de espinos y malezas que adornaban los cimientos. Desde esa nueva posición podían oírlo todo.

Cuando Enrique anunció su partida para París,

un grito doloroso de admiración se escapó del pecho de Diana.

Este grito fué oído por Enrique y Roger, que se inclinaron con presteza sobre la balaustrada: pero ya se perdían las dos jóvenes tras las ramas de la espesura.

Diana corría arrastrando tras sí á su hermana á través de los grupos de castaños. Hubiérase podido creer que tenía un objeto, objeto á que necesitaba llegar á todo trance.

Sin embargo, no sabía á dónde iba.

Elena la seguía en silencio.

Fué atravesando la espesura en pocos momentos.

Las dos hermanas se encontraban al otro extremo de la casa, al final de la antigua muralla y bajo la torre del Primogénito, cuyos terreones se destacaban sobre sus cabezas.

Diana se detuvo falta de aliento. Llevó la mano á su abrasada frente y luego al corazón, que latía dolorosamente.

—¿Has oído? murmuró.

—Sí, respondió Elena; ¡pobre hermana mía!

Quiso tomarle la mano; Diana se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Mañana! decía anegada en llanto.... dentro de algunas horas le veré por última vez. ¡Oh! ¡cómo le amo! Ayer hubiera creído poder sonreír al hablar de su partida.

—Si le dijeras que se quedase, murmuró Elena, se quedaría.

Diana guardó silencio.

Las dos hermanas permanecieron abrazadas un instante; luego se irguió Diana repentinamente. Enjugó sus hermosos ojos, en que brillaban algunas lágrimas.

—¡No! ¡no! dijo.... no le pediré que se quede.... En torno nuestro no hay mas que desgracia.... y eso nos pertenece exclusivamente por ser las hijas de Penhoel.... ¿Por qué hemos de hacérsela compartir á los que amamos?... ¡Que parta!.. ¡debe olvidarme! ¡Si Dios oye mis ruegos será muy feliz!....

Mientras que así hablaba, su hermosa cabeza inteligente y pensativa se apoyaba sobre su pecho. Había en su voz un acento profundo de tristeza.

Sentía entonces tal vez por la primera vez que había entregado gustosa todo su corazón.

Elena pensaba también en sí, reflexionando que Roger á su vez podría también partir.

Buscaba en vano alguna buena palabra de esperanza y de consuelo. Diana rompió la primera el silencio.

Había cambiado su voz. Una firmeza grave reemplazaba su anterior melancolía.

—No estamos aquí para ocuparnos de nosotras, dijo. Enrique es joven y fuerte.... el porvenir se abre ante él. ¡Dios le asista!.... cerca de nos otros hay débiles que proteger y defender..... pensemos en Penhoel, hermana mía, y apresuré-

monos, porque no sé qué me dice que se acerca la hora mortal.

Elena estrechó contra su seno la mano de su hermana.

—¡Sin embargo, le amas!... murmuró... te suplico que busquemos un medio para detenerle!

—¡Busquemos un medio de salvar á Penhoel! respondió Diana, cuyos grandes ojos se elevaban al cielo con resignación angélica; busquemos un medio de salvar á la Señora y á la pobre Blanca.

El lugar en que ellas se encontraban en aquel momento cerraba el extremo de la colina. Hacia el Oriente, mas allá de la torre del Primogénito, no había mas que una cuesta llena de rocas que bajaba á la pradera.

Entre esa cuesta y el camino que costaba la muralla había junto á los cimientos de la torre una especie de garita medio oculta que encubría un postigo de salida.

En aquel sitio era mas espeso el ramaje, formando de la garita un asilo de verdura impenetrable.

Como la vista era magnífica desde aquel punto culminante, se había formado bajo los castaños una plazoleta con su banco.

Los aldeanos ancianos recordaban que el difunto comandante de Penhoel gustaba particularmente de aquel sitio.

Con mucha frecuencia durante las hermosas noches de verano se le veía subir la cuesta apoyado

en el brazo de su hijo Luis, el favorito de su ancianidad.

Desaparecían los dos detrás de la espesa muralla de follaje, y los que entonces pasaban por el camino podían oír la voz grave del anciano marino enseñando al primogénito de su casa los nobles sentimientos que habían guiado su propia vida.

La memoria del comandante de Penhoel había sido venerada como la de un santo. De año en año cuando se hacía la poda en los bosques se respetaban siempre algunos castaños agrupados en torno de la garita. Los árboles se habían ya hecho grandes y sus troncos robustos se elevaban por cima de la barrera de verdor que rodeaba constantemente sus pies.

Desde la muerte del comandante parecía que René temía todo lo que recordaba aquellos tiempos tan felices para todos. Ni una sola vez por cierto fué á visitar aquel lugar, donde hubiera vuelto á ver las imágenes de su padre muerto y de su hermano ausente.

El paso que conducía del camino á la plazoleta desaparecía ahora cubierto por las malezas y los retenos de los castaños.

En cambio se hubiera podido advertir otro paso practicando en la dirección opuesta y dando á un pequeño sendero abierto á pico que bajaba hasta la orilla del río.

La torre del Primogénito se elevaba inmediatamente sobre la cabeza de Benito Haligan, el ban-

quero. Esté había sido el que había practicado aquel camino á través de las malezas para ir casi todas las tardes á arrodillarse en el sitio ocupado en otra época por su anciano señor.

Benito encontraba allí lo que amaba, una naturaleza grande y sombría, recuerdos tristes é ideas de muerte.

Entonces que la enfermedad y la vejez le sujetaban á su lecho, lo que sentía más en el mundo era la hora que antes pasaba todas las tardes de rodillas al pié de la torre del Primogénito.

Elena y Diana acababan de entrar en aquel recinto de follaje. Estaban sentadas en el banco.

—Dios es testigo, decía Elena, de que nunca he tenido idea de retroceder; pero somos excesivamente débiles, pobre hermana mía, y nuestros enemigos muy poderosos. Por un momento he creído que habíamos conseguido amedrentarlos haciendo correr la voz de que nuestro tío Luis estaba de vuelta.

El cariño que todo el país profesa al primogénito de Penhoel es tan grande!... Se han detenido, han vacilado por algunos días!... ¡Ay! nuestro tío Luis no ha vuelto y ellos han olvidado su terror. ¿Qué haremos ahora? Hemos agotado cuantos recursos teníamos á la mano; nuestros esfuerzos pueden retardar algo el golpe que amenaza á Penhoel; pero á medida que destruimos una arma pronta á herir, van forjando y amenazando otras: tienden otros lazos, y dos pobres niñas como nos-

otras no pueden defenderse eternamente: el hombre no se defiende á sí mismo.

—Son gentes muy hábiles, replicó Diana con amargura; han comenzado por empozoñar su corazón y cegar su inteligencia; luego se han apoderado de su fuerza.

Diariamente se le sienta á una mesa de juego entre esa criatura sin alma á quien profesa una pasión insensata, y el frasco de aguardiente, que le roba lentamente su razón.

Están allí los infames acechando aquella presa inofensiva!... ¡Oh! cuando veo sonrojarse la frente de Penhoel, apagarse sus miradas y temblar su voz!... me parece que nos abandona la justicia de Dios.

—Cuando veo eso, exclamó impetuosamente Elena, reflexiono que si fuera hombre no habría á estas horas tantos miserables en torno de aquel odioso tapete verde. ¿Por qué ha abandonado el castillo nuestro hermano Vicente?

—Bendito sea el cielo, replicó Diana, si es feliz nuestro hermano. ¿No hay aquí bastantes corazones que sufran? Hermana mía, vale más que estemos solas en esta desesperada lucha; si acaso nos fueren precisos brazos y corazones valientes ¿no tenemos los de Enrique y Roger?

Elena bajó la cabeza.

—Sí, sí, murmuró; vale más que estemos solas... Enrique y Roger querrian combatir francamente,

y demasiado sabemos que esos hombres no retrocederían ante el asesinato.

Y besó á Diana en la frente, añadiendo con una especie de alegría:

—¡Perdóname, hermana mía! Ya sabes que soy valiente á pesar de mis momentos de debilidad.

—Sé que tienes un corazón noble y generoso, mi pobre Elena, respondió Diana devolviéndole el beso con la ternura de una madre; sé que estás dispuesta á dar tu vida por los que amamos; eres tan joven y tan bella... cuando podrías ser tan feliz con el marido que eligiera tu corazón... Escucha. Pocos obstáculos nos quedan que vencer, y lo que haremos las dos pudiera hacerlo una sola; si me amas, si sigues siendo mi hermana querida...

—Te dejaré sola delante de esos malditos, ¿no es así? exclamó Elena indignada, procuraría cerrar los ojos para no ver que morías de sentimiento.

—¿No basta una victoria? preguntó Diana.

Elena le cerró la boca con un gesto de cólera en que se mezclaba el cariño por partes iguales.

—Liberta una víctima, hermana mía, dijo. Enrique parte, Enrique te ama; ¿por qué no te vas á París con él?

Pasó su brazo en torno del talle de Diana.

—No, no, replicó; ¡oh! no, no me abandones: ¿qué había yo de hacer sin tí? Pero cuando te quedas tú no me hables mas de huir, te lo suplico.

Diana la estrechó contra su corazón.

—No te volveré á hablar de eso, dijo; perdóname.

me. Te quiero tanto... ¡me produciría tal placer verte feliz!... Y además, hermana mía, ¿ignoras que empiezan á combatirnos como si fuésemos hombres? Si te llegasen á asesinar delante de mí!

—¡Asesinarme! dijo Elena.

—Ayer en nuestra habitación, prosiguió Diana, te tapé la boca en el momento en que ibas á darme cuenta de lo que por la noche habías hecho. Yo misma no te comuniqué nada de lo que hice, y fué porque nuestro cuarto no es seguro. Somos espías también y he visto la figura de Blas que nos seguía como la sombra al cuerpo en los cerredores que conducen á las habitaciones de Penhoel.

—Al verte quedar en silencio, dijo Elena, creí que no habías conseguido nada.

—Nada pude hacer. Mr. Le-Hivain estaba escribiendo en su mesa. Creo saber en qué cajón de su bufete están los papeles que pueden perder á Penhoel.

—Entonces es preciso volver allí esta noche, porque me consta que redoblan sus ataques con Penhoel, y que cuando mas solo podrá resistir otro día.

—Volveré, dijo Diana.

—Tú no, exclamó vivamente Elena; me toca á mí.

—¡Pero yo sé dónde están los papeles!

Elena apoyó su linda cabeza en el hombro de su hermana.

—¿Crees que no te he comprendido? Allí hay un peligro mayor que los de costumbre y quieres afrontarlo sola.

—¡Tú eres la que piensas por las dos, hermana mía! En la guerra que hacemos no soy más que un simple soldado y tú el capitán: al menos déjame mi parte de trabajo.

La cabeza de Diana, que se inclinaba pensativa, se irguió de repente, cobrando su voz una especie de alegría.

—Sea, dijo, señor soldado.... tú harás esta noche un reconocimiento en el campo enemigo..... Sé que eres valiente como la pólvora, pero sin embargo, debo prevenirte algunas cosas.... Ayer en una escaramuza semejante á la que tú vas á empeñar esta noche, tuvo que sostener tu pobre capitán rudos asaltos.... anoche me dispararon dos tiros y senti caer muerto mi caballo.

Diana sintió estremecerse a su hermana entre sus brazos; no era por temor.

Al contrario, el corazón impetuoso de la joven se exaltaba á este nuevo peligro.

—¡Y querías volver sola! exclamó.

Luego replicó con petulancia:

—Mira; yo tomaré esta noche las pistolas de Roger, tú las de Enrique, y los infames que anoche te hicieron fuego se verán contestados.

Diana se sonreía. Pero al cabo de algunos minutos movió la cabeza, prosiguiendo con tono más grave:

—Tampoco seríamos los más fuertes en este género de combate, pobre hermana mía, dijo. Lo que necesitamos es destreza y la ayuda de Dios.

Elena no replicó, pero se podía ver que renunciaba con sentimiento á la idea de hacer fuego.

—Y tú, replicó Diana, ¿qué has hecho ayer?

—Lo que diariamente hacemos cada una, respondió Elena. He representado mi papel de aparición..... He dicho á Penhoel con voz de fantasma que velaba por su casa un buen genio y que era preciso que resistiera con energía..... Pero Penhoel carece de fuerza. No sabe ya más que temblar y cerrar los oídos.... Será preciso salvarlo á pesar suyo.... En cuanto á los que le rodean encarnizados en su pérdida, triunfan, hermana mía.... y ayer les oí decirse unos á otros que esta misma noche les abandonaría Penhoel el último pedazo de pan de su mujer y de su hijo!

—¡El castillo!

—Ha vendido la semana última lo que quedaba de los bienes que habían tocado en las particiones á nuestro tío Luis.... Ya no le resta nada más que el castillo, y á la hora en que hablamos le estarán rodeando todos, Roberto, Pontalés y esa mujer que le ha hechizado. Le asedian, le amenazaban con esos papeles que entre sus manos son un arma tan terrible!

Diana se levantó.

—Necesitamos esos papeles, dijo: ¿habremos de

quedarnos ahora en inaccion?... Partamos, hermana mia.

Elena estaba siempre dispuesta cuando se trataba de obrar. Las dos jóvenes bajaron juntas el escarpado sendero que conducía á la orilla del río.

A medida que bajaban llegaba á sus oídos una especie de canto bronco y lúgubre. Cuando comenzaron á descubrir á través de la espesura el débil resplandor que salía de la cabaña de Benito Haligan, reconocieron al punto la voz y el canto.

Era el anciano barquero en persona que salmodiaba lentamente y con trabajo los versículos del *De profundis*.

Diana y Elena continuaron su camino. En el momento que pasaban por delante de la cabaña interrumpió el canto la voz débil del barquero para pronunciar sus nombres.

Elena dudó.

—Hermana mia, cuando veo á ese hombre y escucho sus sombrías amenazas, me falta el valor.

—Ha servido fielmente á Penhoel, replicó Diana, y le abandonan todos....

La cavernosa voz del anciano comenzó de nuevo á cantar: no era el *De profundis*, sino una triste estrofa de Las hijas de la Luna.

Este canto, melodioso y agradable cuando se oía á Elena y Diana, adquiría al pasar por los labios del anciano modulaciones fúnebres.

Elena temblaba.

—Está solo y padece.... dijo Diana; entremos.

En la cima de la colima cerca del sitio donde se sentaban antes las dos niñas se detuvieron junto á los castaños dos hombres.

Si las dos hermanas hubiesen tardado un minuto no hubieran bajado la cuesta, porque hubiesen oído pronunciar á los recién llegados en voz baja en medio de una conversacion animada, el nombre de la Señora de René de Penhoel.

MI AVIA-EL IM



Los dos hombres que acababan de detenerse al extremo de la montaña, salieron de la cabaña de Benito Haligan y se dirigieron hacia la cabaña de Penhoel. Era un hombre llamado René de Penhoel, un antiguo amigo de las hijas de la Luna, y el otro un hombre llamado Juan de Penhoel, un antiguo amigo de las hijas de la Luna. Ambos hombres se dirigieron hacia la cabaña de Penhoel y se detuvieron en la cima de la colima. Si las dos hermanas hubiesen tardado un minuto no hubieran bajado la cuesta, porque hubiesen oído pronunciar á los recién llegados en voz baja en medio de una conversacion animada, el nombre de la Señora de René de Penhoel.